

Nazismo y Estalinismo

Límites de una comparación¹

Por Ian Kershaw²

Trad. Laura Monacci

Una comparación resucitada

Las comparaciones entre comunismo y fascismo se remontan a la década de 1920, entre la Unión Soviética de Stalin y la Alemania de Hitler de los años '30. Generalmente se fundan en el concepto de “totalitarismo”, al principio utilizado por la izquierda antifascista italiana, a comienzo de los años '20, posteriormente retomado por Mussolini mismo, para dejar en claro sus propósitos.

Bajo la pluma de los observadores políticos el uso de este vocablo se impuso, por lo tanto, para representar al fascismo y al comunismo como la antítesis de la democracia liberal. Su similitud -a ojos de los observadores contemporáneos- se debía a su ambición de movilización total en interés de ideologías monopolísticas que, si bien eran profundamente hostiles entre sí, no representaban por ello menores ataques –igualmente frontales- contra los fundamentos de la democracia. El carácter terrorista de la Alemania hitleriana y de la Rusia estalinista no hizo más que avivar esta insistencia sobre sus similitudes intrínsecas, a lo largo de los años '30. El pacto germano-soviético de 1939 pareció aportar la prueba cínica de la teoría totalitaria. Posteriormente la noción de totalitarismo cayó en desuso a comienzo de los años '40, con la invasión a la Unión Soviética por las tropas hitlerianas, y la unión de ésta a la gran alianza contra el Tercer Reich. Pero sólo fue para resurgir con tanto mayor vigor en el transcurso de la Guerra Fría. *Les Origins du totalitarisme** de

* N. de Trad.: Los títulos de libros, artículos, etc. serán mantenidos en el idioma original.

¹ El presente artículo retoma el texto de una conferencia pronunciada en el Instituto Histórico Alemán de París, el 27 de noviembre de 1995, en invitación del Instituto de Historia del Tiempo Presente.

² Ian Kershaw es particularmente el autor de *Qu'es-ce que le nazisme?* (Gallimard, “Folio histoire”, 1992) y de *L'Opinion allemande sous le nazisme. Baviere, 1935-1945* (C.N.R.S. Editions, 1995). Acaba de publicar *Hitler. Essai sur le charisme en politique* (Gallimard, 1995)

Hannah Arendt, publicado en 1951³, y el famoso “síndrome en seis puntos”^{***} del totalitarismo de Carl Friedrich, publicado en 1954⁴, son las producciones más notables de la historiografía de esta época, asociando los males del desaparecido régimen nazi al régimen comunista que en lo sucesivo aparecerá como la principal amenaza para Occidente. Los cambios en el mundo intelectual generados por los tumultos estudiantiles de los años '60 provocaron un replanteamiento de la noción de totalitarismo, que reinaba indiscutidamente. El renacer de teorías marxistas más diversas y, con ellas, el creciente foco sobre los lazos entre el fascismo y el capitalismo, devinieron en una crítica real del concepto de totalitarismo, acompañadas –hay que reconocerlo- de posturas a su vez poco críticas con respecto a la Unión Soviética. Si bien nunca desapareció completamente, el concepto de totalitarismo fue, por lo tanto, desacreditado durante largo tiempo entre los intelectuales, la gran mayoría de los historiadores y de los politólogos consideraron eminentemente dudosa la idea, implícita en ese concepto, de que el nazismo y comunismo tuvieran más puntos en común que factores de divergencia. Pero hacia fines de la era soviética, simbolizada por la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989, se asistió a un nuevo cambio.

Comparación popular, comparación erudita.

El concepto de totalitarismo se reincorporó al servicio -y no simplemente por causa- de la derecha conservadora. La comparación entre comunismo y fascismo -dos sistemas que pertenecían en lo sucesivo al pasado- sugiriendo las similitudes, más que subrayando las singularidades, devino nuevamente en un lugar común. A nivel popular, los emocionantes relatos de las víctimas de los regímenes comunistas de Europa del Este y de la URSS contribuyeron a poner nuevamente de manifiesto la represión y el terror como las piedras de toque de estos sistemas. Así, se volvió a poner una vez más el acento sobre la

³ Hannah Arendt, *Le System totalitaire*, trad. fr. (parcial) por J. L. Bourget, R. Davreu y P. Lévy, París, Ed. Du Seuil, 1972.

***N. de Trad.: las cursivas y los entrecomillados se mantienen del original, a menos que se indique lo contrario.

⁴ Carl Friedrich (ed.), *Totalitarianism*, Harvard University Press, 1954. Esta obra, como la tesis de Hannah Arendt, son discutidas más particularmente en “*Retour sur le totalitarisme: le nazisme et le stalinisme dans une perspective comparative*” de Ian Kershaw (trad. P. E. Dauzat), *Espirit*, enero-febrero 1996. Ver igualmente su obra *Qu'est-ce que le nazisme? Problèmes et perspectives d'interprétation*, trad. fr. J. Carnaud, París, Gallimard, 1992

impotencia del individuo frente a un aparato de Estado invasor, mientras que la miseria de las víctimas de estos temibles regímenes de nuestro tiempo revelaban los ecos del nazismo, percibido como otro régimen totalitario aunque desaparecido hacía mucho tiempo. Puede ser en Alemania -donde las dictaduras nazi y comunista se sucedieron en el mismo suelo- que esta disposición por comparar la RDA con el Tercer Reich sea más comprensible. Que esta comparación sea fructífera o no, es otra cuestión.

En el plano intelectual, hay signos de un cambio de paradigma en la historiografía bastante antes de la culminación del sistema soviético. Para la centro-derecha el concepto de totalitarismo ha sido siempre particularmente resistente al cambio. Pero es en la década de 1980 que Ernst Nolte, un ex-alumno de Heidegger convertido en historiador, elabora un nuevo enfoque, original y fuertemente controversial. Desde su primer libro influyente, que apareció en 1963 bajo el título *Der Faschismus in seiner Epoche*⁵, Nolte veía en el fascismo una imagen especular del comunismo: “El fascismo es un antimarxismo que busca destruir al enemigo elaborando una ideología radicalmente opuesta, aunque emparentada, y empleando métodos prácticamente idénticos, aunque mayormente modificados, pero siempre en el marco inquebrantable de la afirmación y de la autonomía nacionales.” Como Nolte mismo lo reconocía, su definición implicaba que “sin el marxismo, no existe el fascismo.”⁶ Así, dejaba por sobreentendido que el marxismo era la *causa* del fascismo. Pero a mediados de los años '80, sus artículos -que dispararon la *Historikerstreit*- y su *Der europäische Bürgerkrieg* (1987) fueron aún más lejos en este sentido. Nolte insinúa sobre todo que el “genocidio racial” de los nazis había sido una reacción al “genocidio de clase” de los bolcheviques; el Gulag fue el original, Auschwitz la copia, el genocidio nazi sólo se diferenciaba por sus métodos de exterminio. En resumen, desde su punto de vista el nazismo había sido una respuesta al comunismo. El primero de los males era, evidentemente, el bolchevismo.

El alboroto provocado en Francia por la obra de François Furet, *Le Passé d'une illusion*, se debe sin dudas en gran parte al hecho de que ha enfrentado tabúes, derrumbado ídolos, destruido las viejas imágenes de la izquierda cuyos antiguos defensores intelectuales fueron

⁵ Ernst Nolte, *Le Fascisme en son époque*, trad. fr. Por P. Stephano, 3 vol., París, Julio 1970.

⁶ *Ibid.*, vol. I (traducción modificada).

en adelante debilitados, incluso reducidos a la impotencia. En esta comparación del comunismo y del fascismo, del estalinismo y del nazismo, Furet no va tan lejos como Nolte. Con respecto a la pretendida línea causal entre los homicidios de clase de los bolcheviques y los homicidios raciales de los nazis, Furet toma distancia. Pero sobre muchos puntos, el análisis de Nolte provoca su admiración⁷. En su enfoque, tal como yo lo entiendo, el comunismo y el fascismo son hermanos gemelos que, a pesar de sus diferencias, tienen el mismo origen. Ambos “nacieron del mismo suelo: la guerra; son hijos de la misma historia”⁸. Se trata de formas violentas emparentadas, aunque opuestas, de la movilización antidemocrática en “la era de masas.”⁹ Todo esto parece muy cercano a la tesis defendida por Nolte en 1963. Prefigurada por los regímenes de Lenin y Mussolini, su forma extrema –que es además la más auténtica, como resalta claramente en el análisis– apunta a ir en búsqueda de los “dos grandes monstruos del siglo”: “El bolchevismo estalinista y el nacionalsocialismo constituyen los dos ejemplos de regímenes totalitarios del siglo XX. No solamente son comparables, sino que de alguna manera ambos forman una misma categoría política [...]”¹⁰ La clásica oposición de su ideología no impide de ninguna manera ver en dichos regímenes sistemas políticos identificables¹¹. Furet cita extensamente –en tono aprobatorio– un pequeño libro aparecido en 1935, en Suiza, bajo el título *Der Bolschewismus als Weltsgefahr*. Su autor, Waldemar Gurian, judío alemán exiliado y convertido al catolicismo, presenta a Hitler como “el hermano tardío de Lenin” y al nacionalsocialismo como un “bolchevismo castaño”¹².

En una entrevista aparecida recientemente a propósito de su libro, François Furet pretende incluso que la ideología fascista es menos embustera que la ideología comunista, que pudo enmascarar su ferocidad detrás de “la delicadeza de la idea democrática” y de la ilusión de un “nuevo porvenir”, de una “humanidad nueva”, susceptibles de ocultar todas las taras presentes de los regímenes comunistas existentes¹³. Desde luego, Furet percibe las diferencias significativas entre el fascismo y el comunismo. Una de ellas, evidente, es el

⁷ François Furet, *Le Passé d'une illusion*, París, Fayard, 1995, p. 196 n.

⁸ *Ibid.*, p. 197.

⁹ *Ibid.*, pp. 197-198.

¹⁰ *Ibid.*, p. 216.

¹¹ *Ibid.*, p. 217.

¹² *Ibid.*, pp. 242-243.

¹³ “Entretien avec François Furet”, *Les Cahiers d'histoire sociale*, verano-otoño 1995, n° 4, pp. 149-154, p. 151.

tratamiento de la cuestión de la propiedad privada¹⁴. Él subraya, además, “otra de las grandes diferencias entre el totalitarismo comunista y el totalitarismo nazi” (nótese como el “totalitarismo” ocupa en adelante la totalidad del comunismo en la comparación con el nazismo): “El primero tiranizó al pueblo de la URSS, ante todo, mientras que el segundo hizo estragos por preferencia” –*¿Por preferencia? ¿Un simple asunto de elección?–* “fuera de Alemania¹⁵.” A pesar de las diferencias, no tiene ninguna duda sobre la similitud esencial de los dos sistemas, incluso la identidad, en muchas de sus consideraciones: “Comunismo y fascismo [...] contienen ambos el reino indiviso del partido-Estado, el culto al líder, la ausencia de la derecha, el terror, la persecución de la Iglesia, los campos¹⁶.” Obsérvese que aquí él habla de comunismo y de fascismo en general, no de estalinismo y de nazismo en particular.

Por sobre lo que pudiesen decir sus detractores, Nolte sin duda tuvo influencia en Alemania. Los historiadores y los publicistas de la joven generación se apoderaron ávidamente de varias partes de su teoría, impacientes de quebrantar tabúes y de luchar contra la antigua ortodoxia de la izquierda liberal. De esta forma se describe a Hitler bajo las características de un social-revolucionario, ambicionando modernizar la sociedad alemana. En resumen, Hitler sería una imagen refractada de Stalin, ambos encarnan dos enfoques de “la cara totalitaria de la modernidad¹⁷”. En Francia, todo indica que Furet tendrá, él también, una gran influencia sobre la forma en que se considera el fascismo y el comunismo.

Comparación teórica, comparación empírica.

Nuestros modos de considerar el pasado no permanecen estáticos. Intentar repensar las cosas que se tenían como seguras, revisar posicionamientos, es en principio algo bueno. La comparación entre el fascismo y el comunismo, como dije al comienzo, se remonta a los años '20. Es al mismo tiempo evidente, posible e inevitable. También es perfectamente

¹⁴ *Ibid.*, p. 152.

¹⁵ *Ibid.*, p. 153.

¹⁶ *Ibid.*, p. 152.

¹⁷ Rainer Zitelmann, “Die totalitäre Seite der Moderne” en Michel Prinz y Rainer Zitelmann (ed.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1991, pp. 1-20

legítimo comparar el estalinismo y el nazismo. Al fin de cuentas, la comparación empírica es el laboratorio de experimentación del historiador. A quienes niegan el valor de la comparación, explicando que la Historia se interesa en lo particular, responderemos simplemente que no sabríamos establecer la unicidad de un hecho si no es mediante la comparación. Sin embargo, la cuestión merece ser investigada a fondo: ¿qué se busca demostrar con esta comparación, con esta nueva invocación del concepto de totalitarismo? ¿Cuál es su ambición explicativa? No siempre es fácil distinguir la toma de posición política e ideológica, de la búsqueda puramente intelectual de nuevas luces sobre la siniestra historia de nuestro siglo. Excepto en las filas de una extrema derecha residual, el nazismo -derrotado en 1945- no cuenta ya con defensores. En su forma estatal, el comunismo mismo ha desaparecido hace tiempo (a excepción de China, Cuba y Corea del Norte). De todas formas, ha dejado de ser una amenaza mundial, y relativamente poca gente llora su desaparición. En cambio mucho más numerosos son aquellos que condenan el irreparable ultraje a un ideal, o a una “ilusión”, como diría Furet. Meter en la misma bolsa los sistemas estatales del nazismo y del comunismo tiene un mismo efecto que responde probablemente a la intención de quien lo hace: minar la admiración que aún puede suscitar el sistema soviético, pero también los ideales relacionados con la imagen de una sociedad futura fundada sobre los principios del socialismo. Debido a que el análisis histórico tiene consecuencias así de graves, es tanto más importante que la comparación sea saludable.

Mis propias conclusiones son dobles: la comparación teórica del nazismo y del estalinismo sobre la base del concepto de totalitarismo es limitada y superficial; y la comparación empírica es más útil para descubrir las diferencias que para revelar las similitudes entre dos sistemas. Por lo tanto, por muy inevitable que sea, persisto en creer improbable esta comparación.

El concepto de totalitarismo

Los límites del concepto de totalitarismo son considerables y, a mi juicio, pesan más que sus ventajas. En el período de entreguerras, el adjetivo “totalitario” contaba con el apoyo de

los partidarios de una nueva forma de régimen político, que lo empleaban de dos maneras bien distintas: tenía un uso estatista (por ejemplo en Giovanni Gentile, el líder ideólogo del fascismo italiano y en Carl Schmidt, el eminente constitucionalista alemán) que buscaba el medio, para el Estado total, de superar la división democrática del Estado y de la sociedad; y un uso “activista” que privilegiaba la “movilización total” (tanto de Mussolini como de Ernst Jünger). En cierta manera, estos dos usos encuentran un eco en las obras más influyentes sobre totalitarismo que aparecieron antes de la guerra. En su emocionante y apasionado estudio, Hannah Arendt insistía sobre el dinamismo, la radicalización y las tendencias anti-estructurales del poder totalitario. Carl Friedrich, en cambio, resaltaba los aspectos estatales (y estáticos): una ideología oficial, un partido único de masas, una vigilancia policial de características terroristas, el monopolio de los medios de comunicación, el monopolio de las armas y el control centralizado de la economía. Criticando a Carl Friedrich, el especialista de la Unión Soviética Leonard Schapiro se limita sin embargo a proponer en 1973 una nueva definición estructural del totalitarismo. François Furet, hemos dicho, insiste sobre las mismas características ya destacadas por C. Friedrich, L. Schapiro y otros.

Un concepto sin teoría.

Cualquiera sea el enfoque que se tenga, el totalitarismo no es más que un concepto, nunca una teoría. Ofrece un atajo intelectual, no una explicación. Describe técnicas e instrumentos de poder similares. No tiene grandes aspectos -por no decir ninguno- para que aprendamos sobre el cómo o el por qué de su aparición. Decir que el bolchevismo y el fascismo son ambos productos de la guerra no nos conduce lejos, y, en todo caso, no es más que parcialmente cierto. Furet afirma que él se sirve del “totalitarismo” como de un “tipo ideal”. Pero su modelo no contiene más que a dos miembros que, por la imagen que él tiene de ellos, sus acciones y su ideología, estaban diametralmente opuestos el uno del otro. Es un tipo ideal de una especie poco común, como lo es esta. Comúnmente, los reagrupamientos genéricos de los sistemas políticos –democracia, fascismo, absolutismo, feudalismo, etc.- reposan sobre una similitud aceptada en esencia. En el caso del totalitarismo, no puede

darse por sentada. Por no tomar más que el ejemplo evidente de la esfera económica –me detendré en él por un instante- las diferencias son profundas, no superficiales.

Hay dos usos del totalitarismo, que se confunden muy fácilmente: en sentido estricto, sirve para comparar los regímenes de Stalin y de Hitler; en un sentido más amplio, para comparar al comunismo, en tanto forma estatal, del nazismo (o del fascismo). El uso extendido, que es naturalmente un medio de asignárselo al comunismo más que al nazismo, es engañoso. François Furet –ya hemos visto- da a conocer, a grandes trazos, algunos puntos en común, a su parecer, del comunismo y del fascismo (sin limitarse, en este caso, al estalinismo y al nazismo). Encontramos el culto al líder, la ausencia de la derecha, el terror y los campos. Sin lugar a dudas estas fueron características del régimen de Stalin tanto como del de Hitler. (Volveré sobre las diferencias concretas). Pero si hablamos de fascismo, y no simplemente de nazismo, el régimen de Mussolini ¿era comparable por el carácter o la magnitud de su terror? ¿Existía verdaderamente un culto al líder en la Unión Soviética de Chernenko, dirigente cuyo carisma era tan poco desbordante que apenas si se notó la diferencia cuando murió? ¿Se puede realmente presentar a la URSS post-estalinista como un régimen terrorista? Ciertamente, estaríamos en el error de minimizar la represión permanente de un Estado que disponía de un aparato de vigilancia si no más sofisticado que el de Stalin o Hitler. Pero el Estado soviético y sus satélites evolucionaron en la era post-estalinista –a lo largo de cerca de cuatro decenios, es decir, tres veces más que la duración del Tercer Reich- sobre la base de un control burocrático y de formas legales reconocibles. Éstas estaban innegablemente al servicio de una ideología de Estado, pero eran ampliamente previsibles, y no más arbitrarias, en su aplicación. Cualesquiera que sean las continuidades evidentes entre el régimen de Stalin y el sistema soviético post-estalinista, es dudoso que un modelo de totalitarismo –concebido para poner en evidencia las características comunes del estalinismo y del nazismo- sirva para ser aplicado satisfactoriamente en ambos casos. La Unión Soviética de Brézhnev era sin lugar a dudas un Estado amenazante, que hacía poco caso a las libertades. Pero no masacraba ciudadanos por millares. Menos aún –dado que el modelo totalitario insiste sobre su similitud territorial con la Alemania nazi- no armó guerras de imperialismo racial ni llevó a cabo genocidios. Tal como lo definió François Furet, el concepto de totalitarismo es indudablemente

estático: insiste sobre aspectos centrales del estalinismo, pero es incapaz de describir correctamente la evolución del sistema soviético por sobre casi setenta años.

La dinámica autoritaria.

El “totalitarismo” no conserva un valor más que como condición de ver en él no ya un ensamble estático de características comunes entre los regímenes comunista y fascista, sino –siguiendo a Hannah Arendt, más que a Carl Friedrich, a Zbigniew Brzezinski, o a François Furet- una fase dinámica de algunos sistemas autoritarios modernos, no ya un sistema, sino un anti-sistema quebrantando la institución misma del Estado, en lugar de fortalecerlo, y pretendiendo ejercer sobre sus ciudadanos una dominación total que no es sostenible más que por espacio de un período de levantamientos masivos, relativamente cortos y transitorios.

Los regímenes de Stalin y de Hitler minaron, ambos, las estructuras del gobierno y de la administración y, al hacerlo, comprometieron la capacidad de reproducción de los sistemas. En ambos casos, el dinamismo revolucionario asociado a objetivos ideológicos de largo alcance -e impuestos con el aval del Estado mediante un grado de violencia sin precedentes- contribuyó largamente a destruir las estructuras en sitio. Martin Broszat, que fue hasta su muerte en 1990 uno de los más eminentes historiadores del nazismo, había en su época señalado cuán difícil era situar en una tipología del poder un sistema nazi que se distinguía precisamente por su carácter amorfo y su ausencia de estructura. Podríamos decir otro tanto del régimen de Stalin, donde la violencia y la destrucción masivas apuntaban a los pilares mismos del régimen, y cuya ausencia de normas y de estructuras claras era la consecuencia previsible. La falta de estructura, la destrucción del “sistema”, es una forma de relacionar los regímenes estalinista y nazi. Pero esto es, por ello mismo, una forma de distinguir a los Estados comunistas post-estalinistas.

El control total.

Otra manera de considerar los paralelos es invocando al “control total”, al que aspiraba cada uno de estos dos regímenes sobre la sociedad que dominaba. Por medio de niveles sin precedentes, pero muy variables, de terror y de manipulación, el estalinismo y el nazismo buscaron homogeneizar y movilizar a la población tras sus objetivos revolucionarios de tipos muy diferentes. No dejaban lugar a cualquier alternativa posible y se valían de las almas tanto como de los cuerpos. Pero en los hechos, el ideal orwelliano seguía siendo inaccesible. En *L’Opinion allemande sous le nazisme*¹⁸, intenté demostrar las dificultades con que se toparon los nazis en su esfuerzo por cambiar la conciencia pública. Bajo el barniz de la presumida “sociedad totalitaria”, atomizada, sobrevivieron valores y formas de comportamiento tradicional que, a menudo, se revelaron asombrosamente resistentes a las incursiones de la propaganda y del adoctrinamiento nazi. No existen, que yo sepa, investigaciones análogas sobre la sociedad soviética bajo Stalin, pero -si bien inspirado ampliamente por el modelo totalitario- el brillante estudio pionero de Merle Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule*¹⁹, va en el mismo sentido.

En teoría, este deseo de control total fue, a pesar de todo, muy efectivo. Podemos pensar correctamente que los dos regímenes se esforzaron por politizar todos los aspectos de la vida social dando al uso de la fuerza, de las pruebas de control sistemático y de la manipulación, y a la movilización plebiscitaria detrás de los dirigentes, una magnitud sin precedentes. Es esto lo que distingue al estalinismo y al nazismo (pero puede ser también a la China de Mao en sus comienzos, y bajo la revolución cultural) de otras formas de dictadura moderna. Sin embargo, el control total y el hundimiento de las estructuras no eran concebibles más que durante una fase -por cierto terrible, pero transitoria- de crisis y de revueltas masivas. En el caso del Tercer Reich, fue una derrota cataclísmica la que puso fin a esta fase. A la muerte de Stalin, la Unión Soviética fue progresivamente devuelta a la normalidad en un autoritarismo “conservador”, represivo y corrupto, en que el impulso ideológico no era más que retórica hueca, que debía su cohesión ideológica a la guerra fría y no tenía más que objetivos limitados de contención.

¹⁸ Ian Kershaw, *L’Opinion allemande sous le nazisme, Bavière 1933-1945* (1983), trad. P. E. Dauzat, París, C.N.R.S. ediciones, 1995.

¹⁹ Merle Fainsod, *Smolensk à l’heure de Staline* (1958), trad. G. Bernier, París, Fayard, 1967.

Contrastes

Desde luego, las etiquetas no tienen necesariamente importancia. A defecto de emplear “totalitarismo”, haría falta otro término para distinguir al nazismo del estalinismo -considerados conjuntamente- de otras dictaduras modernas. De todas formas, aún cuando nosotros lo deseáramos, sería imposible borrar pura y simplemente este concepto. Ya esgrimí razones sugiriendo que guarda una cierta utilidad, si bien limitada. Por el contrario, debe ser absolutamente rehusado cuando no es más que un simple instrumento ideológico para desacreditar el régimen comunista bajo todas sus formas (o la idea misma del comunismo), asociándolo, o implícitamente comparándolo, al nazismo. Los modelos conceptuales, incluidos los de fascismo y totalitarismo, deben reposar sobre bases saludables. La principal tarea del historiador es establecer, tanto exacta como viablemente, las bases empíricas del conocimiento del pasado sin las cuales no sabríamos imaginar las herramientas conceptuales dignas de este nombre. Una comparación empírica –trataré de demostrar- pone de manifiesto que las similitudes entre el nazismo y el estalinismo, incluso en cuanto a los instrumentos de dominación, son altamente superficiales, y deja en evidencia diferencias fundamentales.

Enumeraré más arriba las características que, según François Furet, definen al comunismo y al fascismo –sería más justo decir el estalinismo y el nazismo-: el partido-Estado, el culto al líder, la ausencia de la derecha, el terror, la persecución a la Iglesia, los campos. Limitaré aquí mi comparación al terror y al culto al líder. Pero que de paso me permiten señalar simplemente que la descripción de estos regímenes como partidos-Estados se presta también a especificidades, además de que existieron (y existen) muchos otros “partidos-Estado”, que no tenemos comúnmente por totalitarios. El partido nazi -movimiento de protesta masiva y socialmente heterogéneo, apareció en una sociedad altamente desarrollada y políticamente pluralista- era de una naturaleza completamente distinta que el PCUS, que, al no estar instalado en las masas, debió asociar los prejuicios tradicionales y las esperanzas nuevas de un campesinado empobrecido y del proletariado industrial. Lejos de tener una importancia secundaria, los orígenes sociales y políticos enteramente diferentes de ambos sistemas están para muchos, en sus divergencias, por sobre el plano de la ideología, los objetivos y las estructuras. Y una vez en el poder, el partido nazi jamás ejerció sobre el aparato del Estado una dominación comparable a la del partido comunista

en la URSS. No permaneció más que como una instancia de poder entre otras, y de ninguna manera la más importante.

El terror

La línea divisoria más evidente que separa los dos regímenes es el terror sin precedentes que llevó a cabo el Estado. Pero aún así, fuera de ser tangencial, las diferencias son fundamentales. François Furet mismo observa que el terror soviético fue principalmente dirigido hacia el interior, contra el pueblo de la URSS, mientras que el terror nazi se desencadenó –“por preferencia”, precisa- por fuera de Alemania. Pero no desarrolla las consecuencias.

El terror estalinista se manifestó en un país que, tras los terribles sufrimientos de la Primera Guerra Mundial, conoció una revolución sangrienta, seguida de una guerra civil de un horror indescriptible con enormes sufrimientos y derramamiento de sangre. Incluso con anterioridad a Stalin, la violencia civil logró una amplitud incomparablemente superior a su par alemana, incluso bajo la que llamamos “la guerra civil larvada” de la República de Weimar. Lo que es más, el terror estalinista fue popular entre grandes grupos de la población. En ciertos aspectos, fue una continuación directa de la guerra civil. En sus grandes oscilaciones de comienzo y de mediados de los años '30, tomó como blanco a importantes sectores de la población, con la intención de reestructurar y de modernizar la economía lo más rápidamente posible. Desde este punto de vista, fue probablemente anti-productivo. El terror engendra su propia dinámica. Autopropagándose, genera una considerable inseguridad. Nadie estaba exento. El engaño, la traición, las denuncias y el miedo se expandieron a través de toda la sociedad. Y hacia el final de los años '30, la propia paranoia de Stalin le brindó proporciones totalmente irracionales. Su desconfianza patológica no escapó a sus propios subordinados más devotos, volcó el terror contra el partido; contra el alto comando militar; los responsables económicos; la dirección de la policía secreta; y los miembros de su politburó. Las purgas y la inseguridad crónica se convirtieron en las características principales de un régimen dirigido a acentuar el poder personal de Stalin eliminando los enemigos interiores reales, o de más en más, imaginarios.

Por más horroroso que hay sido el terror estalinista, no estaba en la naturaleza misma del poder soviético. Tras la muerte de Stalin la arbitrariedad disminuyó sensiblemente, dando lugar a una represión residual, acompañada de una normalización burocrática.

El terror nazi era de una naturaleza muy diferente. En Alemania misma, durante los años '30, tomó por blanco las partes más débiles de la sociedad, víctimas de la discriminación. Explotando los prejuicios tradicionales contra los judíos y otros parias sociales -tanto como el antagonismo visceral contra los socialistas y los comunistas- la persecución tenía por intención consolidar el consenso en la mayoría de la población, que no estaba directamente amenazada. La sociedad estaba, por lo tanto, dividida: de un lado quienes pertenecían a la “comunidad nacional”; y del otro, aquellos quienes estaba excluidos. Desde este punto de vista, el terror siguió líneas relativamente previsibles. Aquellos que no pertenecían a los grupos signados por la ideología del régimen, y que no tenían riesgo de ser señalados como tales, estaban relativamente a salvo.

A lo largo de los años '30 Alemania preservó esencialmente un sistema legal ya anticuado y altamente desarrollado, aunque cada vez más golpeado. Las relaciones de fuerzas decidieron asimismo la selección de las víctimas. Los oficiales; los empresarios; los terratenientes; el episcopado –la “crema de la sociedad”- estuvieron raramente amenazados, mientras que los comunistas; los socialistas; los judíos; los cingaros; los homosexuales; los mendigos; los Testigos de Jehová; fueron recluidos en campos de concentración o sufrieron persecuciones despiadadas. Todo esto no debía mostrar más que un anticipo de lo que iba a suceder fuera de Alemania, en los territorios ocupados, sobre todo en Europa del Este y en la URSS, en los años de la guerra. Esto no es, como lo deja entender François Furet, “por preferencia” que el terror nazi se desencadenó fuera de Alemania. La represión, la persecución y el terror fueron por lo tanto instrumentos de la misión de purificación racial que era el corazón del credo nazi. Ellos formaban parte de la naturaleza misma del nazismo, como el terror nunca lo fue de la del comunismo. Tan pronto la guerra comenzó, en nombre de esta “misión” de conquista racial sin fin y de dominación, los pueblos conquistados de los territorios ocupados –esencialmente los judíos, condenados al exterminio- pagaron el precio de la escalada de terror. En los últimos años de la guerra, mientras que Alemania se dirigía hacia la derrota, el terror, cada vez más arbitrario de un régimen que se debatía en la

agonía de la muerte, recayó sobre el pueblo alemán, que se encontró mucho más expuesto de lo que había estado en el transcurso de los años '30.

El régimen estalinista provocó más víctimas que el nazismo. Pero el objetivo no era la exterminación total de todos los miembros de un grupo étnico. El gulag no fue el equivalente soviético de Treblinka. Por lo mismo, por más terrible que haya sido, la ofensiva contra los kulaks no estuvo exenta de racionalidad como el exterminio de los obreros judíos calificados, mientras que la industria armamentística carecía fatalmente de mano de obra, o la movilización de transporte para conducir a las víctimas a la cámara de gas, mientras que el ferrocarril podría haber sido utilizado para el traslado de las tropas. La irracionalidad general del terror nazi era el reflejo de los objetivos irracionales del régimen hitleriano.

El culto al líder.

En lo que concierne al culto al líder, una comparación empírica muestra nuevamente cuán superficiales son las similitudes entre el nazismo y el stalinismo. Confirma que si el nazismo fue un movimiento “carismático” de tipo clásico, este no fue el caso del partido comunista soviético. Y esta situación pone en evidencia las distintas capacidades de reproducción de los dos sistemas.

La “autoridad carismática”, tal como la conceptualizó Max Weber, presupone un líder investido de una misión heroica y al que sus fieles otorgan una cierta grandeza. Ella es, por naturaleza, inestable y, al surgir en periodos de crisis, como una solución de urgencia, está doblemente en riesgo de desmoronamiento: porque es incapaz de responder a las expectativas, o porque se “rutiniza” en un “sistema” incapaz de perpetuarse de otra manera que perdiendo o subsumiendo su esencia carismática. La autoridad carismática es por lo tanto la negación directa de la autoridad burocrática, que subyace en todos los sistemas estatales modernos.

Con respecto a Hitler, la pertinencia de este modelo salta a la vista. En mi *Hitler. Essai sur le charisme en politique*²⁰, intenté demostrar la utilidad de comprender la “radicalización acumulativa” del Tercer Reich. El culto a Hitler fue no sólo un sub-producto del nazismo, sino su centro de organización y su fuerza ideológica motriz. Formaba un lazo entre las masas y la motivación ideológica de los dirigentes, sirvió para integrar el movimiento nazi centrífugamente, para activar a los activistas, para avalar y legitimar una radicalización iniciada por otros.

En cambio, es mucho más difícil aplicar a Stalin el modelo carismático. Si Hitler fue la personificación de un sistema de dominación, Stalin fue producto de otro distinto. El nazismo y su ideología eran inseparables de Hitler. El sistema soviético y su ideología marxista-leninista eran anteriores a Stalin y lo sobrevivieron. La “misión” radicaba en el partido comunista en tanto que vehículo de la doctrina. Es verdad que, durante un tiempo, el culto de la personalidad amenazó con eclipsar esta “misión”. Pero el culto fue un fenómeno tardío, un injerto artificial sobre su posición de responsable principal del partido, o de secretario general.

Sería difícil imaginar un dirigente menos burocrático que Hitler, mientras que hemos podido describir a Stalin como un “hombre del aparato”²¹. Tras los primeros años, en el curso de los cuales el gabinete del Reich se atrofió casi hasta desaparecer, Hitler no presidiría ni la menor junta oficial. Stalin, en cambio, presidía todos los consejos importantes y tendía a concentrar las responsabilidades de decisión en el seno del Politburó. No hubo jamás una instancia equivalente en Alemania. Hitler se oponía a la creación de un “Senado del partido” (como fue el Gran Consejo Fascista que terminó por deponer a Mussolini). Tan pronto como el gabinete dejó de existir, se negó incluso a autorizar a sus ministros a encontrarse esporádicamente para tomar una cerveza. La lealtad personal, que rayaba casi con una forma moderna de anarquía feudal, eclipsaba las posiciones oficiales y constituía la verdadera base de relaciones de fuerza en la Alemania nazi. Hitler evidentemente desconfiaba de todo los que pudiera parecer, de cerca o de lejos, una

²⁰ Ian Kershaw, *Hitler. Essai sur le charisme en politique* (1991), trad. J. Carnaud y P.E. Dauzat, París, Gallimard, 1995.

²¹ Ronald Grigor Suny, “Stalin and his Stalinism: Power and Authority in the Soviet Union”, p. 2, presentación en la conferencia sobre “Rusia y Alemania en el siglo XX”, que tuvo lugar en Filadelfia en septiembre de 1991. Aparece en un volumen dirigido por M. Lewin y I. Kershaw.

limitación a su poder absoluto. Fundaba su autoridad no en las posiciones oficiales, sino en las relaciones de fidelidad que siempre podía invoca en tiempos de crisis. Las purgas del modelo estalinista nunca fueron una característica especial de poder bajo el Tercer Reich. Pero la superposición de una autoridad carismática personalizada y de estructuras burocráticas impersonales socavaba inexorablemente las estructuras institucionalizadas de la administración, lo cual no podía más que conducir al hundimiento del Estado, hasta la desaparición misma del sistema. Dada su esencia “carismática”, el Estado hitleriano era, sin lugar a dudas, incapaz de reproducirse.

En el caso de Stalin, el despotismo personal minó y debilitó profundamente las normas burocráticas del gobierno regular. Pero las purgas por sí mismas no pudieron terminar con la burocracia. El número de administradores, por el contrario, aumentó en el curso de esos años. Desaparecido Stalin, las intervenciones despóticas y arbitrarias disminuyeron, la burocracia del estado se impuso, la anarquía desapareció y el sistema pudo reproducirse. Que el estado soviético post-estalinista haya conservado ciertas tendencias a la autodestrucción, es otra cuestión. Si tal es el caso, se debía probablemente a que era un sistema incapaz de competir en el marco de una economía capitalista internacional y a una carrera armamentista excesivamente costosa.

Singularidad del nazismo

Los lazos entre el comunismo y el fascismo –y en un sentido más estricto entre el estalinismo y el nazismo- saltan a la vista. Ambos nacieron como una respuesta contradictoria de la sociedad burguesa liberal existente antes de la Primera Guerra Mundial, la cual, a su vez, agudizó esta oposición despiadada. Ambos combatieron entre sí, como movimientos y como regímenes durante 1920 y 1930. Posteriormente el nazismo y el estalinismo se enfrentaron en la guerra más terrible que se hubiera conocido hasta entonces: el choque mortal de los titanes fue durante los años 1941-1945. La naturaleza de la guerra, que en marzo de 1941, tres meses antes de la invasión alemana, Hitler había presentado a sus generales como una “guerra de aniquilación”, llevó consigo la marca de la imagen que

se hacían los nazis del “judeo-bolchevismo”. En este clima se modeló la política de exterminación de los judíos.

Todo esto no significa de ningún modo que el nazismo y el comunismo sean fenómenos políticos similares (más que superficialmente), incluso menos aún que el comunismo haya sido la *causa* del fascismo, o que haya sido en definitiva responsable del genocidio nazi. El fascismo (en el sentido general de la palabra), del cual el nacionalsocialismo era una de las formas (y no la más típica), tenía raíces autónomas en la amalgama del nacionalismo integral, del racismo y del darwinismo social que se expandieron en la Europa de fines del siglo XIX, en particular en Europa central. La ideología de Hitler, como la de muchos de sus principales seguidores, se formó en el contexto de las ideas del pangermanismo que afloraban en esa época. Sería difícil citar una sola idea de Hitler que fuese original, que no haya pertenecido al cúmulo de ideas pangermánicas. Estas ideas eran parte integral de la respuesta de la extrema derecha a la crisis del liberalismo y como desafío de las nociones emancipadoras –como los valores de la Revolución Francesa, para retomar la expresión usualmente empleada. Entre ellas, existía ciertamente el internacionalismo del movimiento obrero socialista, percibido como una formidable provocación. La colonización del “espacio vital” en Europa del este y “la eliminación” –de hecho “la destrucción”- de los judíos, idea vaga pero implícitamente portadora del genocidio, ocupó un lugar selecto en las ideas de la derecha pangermánica. La cristalización del antisemitismo fanático de Hitler operó bajo los efectos de la revolución alemana de los años 1918-1919. Pero incluso en esta época, todas las primeras expresiones de su odio hacia los judíos y su primera formulación de lo que debía ser uno de los objetivos de la política alemana –la “eliminación total de los judíos”- tenían por marco un anticapitalismo populista, no el antibolchevismo. Hitler no integró plenamente el *Lebensraum*²² a su ideología hasta 1925-1926, por más que la idea ya hubiera germinado en su espíritu desde fines de 1922. Dicho de otra forma, la ideología de Hitler, como la de la mayoría de militantes del movimiento nazi en sus comienzos, amalgamó el antibolchevismo en un cuerpo de ideas de derecha constituidas desde el cambio de siglo. Por lo tanto, el valor causal del antibolchevismo se encuentra sensiblemente reducido.

²² Espacio vital [N. de Trad.]

A mediados de 1920, el partido nazi fue deliberadamente organizado en un “movimiento carismático” en torno a la persona de Hitler. Esto se explica por la situación interior de Alemania, e incluso si el ejemplo de la “marcha sobre Roma” de Mussolini había dejado, - sin lugar a dudas- su marca, la organización nazi no buscó nada como modelo ni como inspiración en el comunismo soviético. Tan pronto como Hitler hubo tomado el poder, el Estado mismo es el que heredó la “autoridad carismática”, devenida la característica central del movimiento. Esta transferencia debió minar y corroer progresivamente las formas oficiales del gobierno, focalizando poco a poco los objetivos y las motivaciones desiguales que perseguían el Estado y el movimiento sobre un único objetivo “misionero” y, en definitiva, sin fin: la purificación étnica a través de la dominación racial.

En el seno de la “familia” fascista, el nacionalsocialismo alemán sigue siendo único, la comparación con el estalinismo no hace más que subrayar su singularidad. No podemos ni debemos evitar esta comparación. Pero se debe ser precisos en el tema, y medir cuán superficiales son las similitudes que se muestran.

Una de las labores esenciales de la historia comparativa es la de revelar las diferencias tanto como la de establecer similitudes. Pero la comparación del nazismo y del estalinismo no termina allí: muestra por sobre todo la unicidad histórica del nacionalsocialismo. Toda la historia del siglo XX debe tomar nota de esta singularidad y explicarla.